

HISTORIA, DESTINO Y DESIERTO

Rosa PERALTA

LA COMUNIDAD HISTÓRICA MEXICANA y los historiadores nuestros, considerados individualmente, han de acoger con satisfacción la noticia de haberse enriquecido aquélla con un historiador nuevo, cuya vocación y cuyos logros son ya firmes. José Fuentes Mares dedicó su primer interés intelectual a la filosofía; pero cambió de rumbo después, y en menos de dos años ha publicado, primero, un estudio sobre Poinsett, y ahora otro sobre Luis Terrazas.* No conozco, por desgracia, aquél; mas éste acredita por sí solo las prendas básicas de un buen historiador: diligencia en la investigación, talento para armar los resultados de ella y buena pluma para presentarlos al lector.

El señor Fuentes Mares usa como fuentes primarias principales los archivos de Santiago Vidaurri, de Luis Terrazas, de Enrique C. Creel, el de notarías de Chihuahua y la prensa periódica de este Estado, en el cual, como es sabido, Terrazas nació y murió después de vivir en él prácticamente toda su vida. Como fuentes secundarias, algunas monografías locales, sobre todo las de Almada, Ponce de León, Joaquín Terrazas, etc. Es decir, puede estarse seguro de que hay una buena sustentación bibliográfica, y de que no se ha escapado nada esencial de ella. En cuanto a talento, es bien claro: la partición de temas es buena y armoniosa; cada uno se desarrolla, a la vez, con desenvoltura y trabazón; y a lo largo de todo el relato hay, como en la buena literatura musical, la enunciación, el desarrollo y la recapitulación final. El autor escribe bien: rarisíma vez se podría señalar un error gramatical; en cambio, predomina un estilo cálido, lúcido, con hallazgos ocasionales de buena expresión. Alguien diría que el estilo es retórico: "y perdidos todos ellos, caseríos, padres, hijos y recuerdos en la ilímite llanura, gran señora de la luz, de la sombra y del

* ...Y México se refugió en el desierto. Luis Terrazas. *Historia y destino*. Editorial Jus, México, 1954; 298 pp.

silencio" (p. 12). Es más, podría agregarse que el modelo de Justo Sierra se transparenta más de una vez, como en el párrafo central de la página 45. Podría decirse todo ello, y añadir todavía que uno prefiere otros estilos; pero habría que reconocer la libertad para optar por cualquiera, que dentro de cada uno hay buenas y malas calidades, y que en el retórico ha habido quien alcance cumbres altísimas.

Con todas estas cualidades tan poco comunes, es difícil entender cómo el autor ha creído ventajoso amparar su libro con un prólogo de don Nemesio García Naranjo, una de las mentes más vulgares y más anti-históricas del México contemporáneo. ¿Será porque don Nemesio cree que "se necesita valor, mucho valor" para presentar en un libro la figura de Terrazas, arquetipo del latifundista condenado por la Revolución mexicana? Esperamos que el señor Fuentes Mares crea que el interés por el tema es cuanto se necesita para escribir éste u otro libro cualquiera, pues a ninguna conclusión podría llegarse si la vida de don Nemesio García Naranjo ha de servir de ejemplo: un hombre con su pasado político, ha vivido en su país no sólo gozando de las garantías a las cuales tiene derecho todo ciudadano, sino rodeado de consideraciones que le hubiera negado otra sociedad más exigente o menos tolerante.

Es un hecho, sin embargo, que Fuentes Mares prefiere los temas polémicos: ayer Poinsett, hoy Terrazas, mañana, quizá, Santa-Anna. Tal inclinación ¿es defectuosa o meritoria? Supongo que así, abstractamente, ni una ni otra cosa. Todo depende del fin que se persiga con la polémica, de los instrumentos que en ella se usen y de los resultados que se obtengan al final, medidos éstos, sobre todo, con esta vara: ¿se ha ensanchado el conocimiento y la reflexión históricas?

El señor Fuentes Mares se ha propuesto pintar a un Luis Terrazas a quien el país (y no simplemente la facción liberal) debe servicios eminentes, y uno decisivo: el haber recapturado Chihuahua, para que Juárez y su gobierno peregrino iniciaran el retorno victorioso hacia la Capital. Un hombre, además, que prefirió echar raíces donde nació, en una tierra ingrata, desértica, assolada por la anarquía y el crimen del indio bárbaro. Un hombre que llegó a amasar una fortuna enorme, sin deberla al gobierno ni al negocio deshonesto. Un

hombre, en fin, respetuoso y leal con la autoridad constituida, llamárase esta vez Juárez, otra Lerdo, después Porfirio Díaz, más tarde Madero y al último Carranza. ¿Ha conseguido el señor Fuentes Mares todo esto? ¿Ha salido bien librado de la polémica que con alguien ha querido sostener?

Pocas personas sensatas pueden discutir o regatear el primer punto: Terrazas defendió las causas liberal y nacional con constancia y eficacia; la captura de Chihuahua no fué, sin embargo, ni gran hazaña, ni hazaña que no hubiera podido acometer otro de los muchos soldados valientes de entonces. El servicio, o el hecho decisivo, fué que Terrazas no siguió el camino de Vidaurri, porque sólo así pudo México "refugiarse en el desierto" chihuahuense. Y esa actitud de entonces puede ligarse con el mérito último, y reconocer que Terrazas fué leal al gobierno de Juárez cuando Díaz se sublevó contra él, leal al gobierno de Lerdo de Tejada cuando el mismo Díaz se sublevó contra él, leal a Díaz cuando Madero se alzó contra él, etc.

A pesar de una referencia continua al tema, Fuentes Mares no ha logrado crear en el lector una imagen viva, movida o conmovedora, del apego de Terrazas a su tierra natal, inhospitalaria y pobre. El suelo chihuahuense de entonces y el Terrazas de entonces han merecido una recreación histórica de corte epopéyico, semejante a la conquista del desierto occidental hecha por el alud de emigrantes norteamericanos. No sé, por supuesto, si pudieran hallarse apoyos documentales para tal faena: descripciones, leyendas, memorias, libros de viaje o grabados; pero presiento que algo pudo y debió intentarse porque, a más de nobilísimo, el tema lo requería para el resultado de la polémica.

Algo se ha avanzado en esclarecer el origen, la naturaleza y la magnitud del colosal latifundio de Terrazas, y, desde ese punto de vista, el autor ha prestado un servicio y hace nacer la esperanza de que su libro obligue a reflexionar un instante a ciertos exégetas de la Revolución que vienen repitiendo hace ya treinta años el pensamiento rudimentario y los datos elementales, improvisados, de González Roa y de Covarrubias. No quiere decir esto último que la presentación de Fuentes Mares sea tan convincente como él supone. . . , y éste es uno de los casos patentes en que escribir polémicamente la historia

tiene sus desventajas: cuando se escribe para exculpar al héroe de las culpas que el vulgo le echa encima, tiene que resultar una historia gruesa, como gruesa es siempre la estimación vulgar. Está muy bien que Luis Terrazas no hubiera aprovechado, para construir su latifundio, ni la compra de bienes eclesiásticos, ni los pagos que con ellos hizo la República Restaurada a sus fieles servidores; está muy bien que Terrazas hubiera adquirido todos sus bienes por el procedimiento de compra, venta o permuta, y que cada operación pueda documentarse en el archivo de Notarías; espléndidas y justas las observaciones de que Terrazas pudo levantar un imperio a favor de circunstancias excepcionales: una acción tesonera durante sesenta largos años y una desvalorización de la propiedad rústica impuesta por la inseguridad, por el saqueo y la matanza del indio bárbaro. Todo esto, sin embargo, no toca siquiera la preciosa reflexión que el cochero de Terrazas hace al propio Fuentes Mares: “. . .era, más que un amo, un rey; era el dueño de todo”. El poder puede tener un origen limpiísimo y una historia inmaculada y, sin embargo, herir a la sociedad si es colosal en sí mismo y supercolosal relativamente al valimiento de los demás. Por eso Terrazas era un rey, porque era dueño de todo, y los demás, como ese cochero suyo, de nada.

Es una pena que el autor no haya elaborado más un punto capital: la naturaleza y el verdadero valor económico del latifundio de Terrazas. Apreciar aquélla y éste con el solo criterio de la superficie abarcada por él es cometer el mismo error que Covarrubias y González Roa cometieron, con la agravante de que mientras éstos querían justificar la reforma agraria, Fuentes Mares quiere justificar el latifundio de Terrazas. ¿Dónde estaban esas tierras? ¿Formaban o no una extensión continua? ¿En qué proporción se dedicaban a la ganadería y en cuál al cultivo, y a cuáles cultivos y con qué rendimientos? ¿No se tiene idea de qué superficie era necesaria para mantener una cabeza de ganado? ¿Y cuántas reses y de qué clase criaba y exportaba Terrazas a los Estados Unidos? ¿Cuál era el precio medio que por ellas recibía un año con otro? ¿Qué número de peones tenía, y cuál era su salario y su nivel de vida? ¿En qué medida y cómo mejoró Terrazas sus heredades? ¿Acaso su esfuerzo no se encaminó tan sólo al

acaparamiento? Y el resultado final ¿fué una mejoría general de la agricultura y la ganadería regionales?

Otro punto flaco del libro es el suponer que porque Terrazas deja de ser gobernador del Estado se dedica a la vida privada. Cuesta trabajo admitir que un hombre de tal poder, de tal prestigio y de experiencia vital general tan extraordinaria, haya podido aislarse de una sociedad pequeña y rudimentaria. Un hijo de Terrazas fué gobernador de Chihuahua; su yerno, Creel, lo fué también, así como embajador en los Estados Unidos y ministro de Relaciones Exteriores; Terrazas mismo, al defenderse del cargo de oposición a los primeros gobernadores revolucionarios, habla de que no recomendaría a los administradores de sus haciendas ninguna candidatura opositora. Pero no se trata simplemente de la influencia política, sino de la económica y de la social; en suma, se trata de medir el peso de un hombre de tan gran poder en la sociedad en que vivía.

He dejado al final el único defecto realmente grosero, anti-pático, que encuentro en el libro del señor Fuentes Mares: su desenfreno anti-liberal y anti-juarista. Libreme Dios de pensar que sólo los liberales pueden y deben escribir nuestra historia; de hecho, así ha ocurrido, y exactamente por eso miro con mucha más atención, con verdadera expectación, un libro histórico conservador. Pero una cosa es una historia conservadora mesurada, inteligente, aun cortés, por más firme y audaz que sea el conservadorismo del autor, y otra es el desahogo, el vómito del rencor y del despecho. Primero, porque aflora innecesaria, irracionalmente, y esto, por sí solo, desagrada; luego, porque aflora constantemente, y esto acaba por ser un tormento para el lector; en fin, porque su naturaleza irracional y su carácter maniaco acaban por tender una trampa al autor, en la cual cae inocentemente más de una vez. Dice, por ejemplo, que Terrazas "rodó en la admiración del Bemerito por ver en el hombre virtudes que otros no hemos podido encontrar" (p. 76). En primer lugar, el comentario es impertinente, pues en un estudio sobre Terrazas lo que importa saber es qué pensaba él y nadie más; luego, ¿es posible que Terrazas fuera menos penetrante que Fuentes Mares? No: simplemente tuvo una visión y un conocimiento directo de Juárez y carecía de los prejuicios de Fuentes Mares. En

otra ocasión el autor llega a usar un lenguaje de mal gusto (“¡Mentira de la peor calaña, de la más gruesa, de la que rezuma calumnia!”), cuando rechaza la idea de que González Ortega y Guillermo Prieto, como Vidaurri y Doblado, abandonaron a Juárez por debilidad. En otra ocasión (p. 103), el autor asegura que, al resolver Juárez prorrogar su mandato presidencial en Paso del Norte, “al herir la entraña de la causa peregrina, encarnó el aliado mejor que los invasores”. Es un hecho histórico, ante el cual, en consecuencia, no cabe argumentación ni interpretación, que la causa republicana no se puso en peligro, que triunfó y que en un verdadero plebiscito aprobaron la conducta de Juárez todos los jefes militares en campaña y las principales figuras políticas liberales. De hecho, páginas después, el propio Fuentes Mares lo reconoce así al afirmar que “la controversia de Juárez con González Ortega hizo concebir a los imperialistas risueñas esperanzas que nunca se cumplieron” (pág. 113). Sólo un ejemplo más del fracaso a que conduce el prejuicio desenfrenado. “Mentía” Juárez —afirma el autor— al asegurar en su manifiesto del 15 de julio de 66 que entregaría el poder al presidente a quien el pueblo eligiera libremente. Con esto quiere decir que Juárez abrigaba ya la intención de reelegirse. Es un hecho, empero, que Juárez no dice en su manifiesto que no pensara ser candidato, como lo es que Juárez se sucedió a sí mismo en la presidencia porque fué electo libremente por el pueblo.

Todo esto hace irritante la lectura de ciertos párrafos del libro; pero no rebaja el mérito de la investigación ni el relato del tema principal, que algunas veces, como en el capítulo de la lucha contra el indio bárbaro, o el final, sobre los últimos años y la muerte de Terrazas, absorben y convencen al lector.